

finalmente fáciles tópicos y estereotipos.

E. Stein no se limitó a enunciados teóricos sobre la mujer, sino que, en su docencia en un colegio femenino y luego en un instituto científico, procuró extender con las ideas y con la práctica una adecuada educación de las mujeres que superase los prejuicios de su tiempo: la formación intelectual de las mujeres con fines meramente «ornamentales» de su personalidad; superación del intelectualismo masculino; misión humanizadora de la mujer, etc. Todo esto apoyado en una energía cristiana admirable.

De otra parte, como señala J. Burggraff en la introducción, esta pensadora avanzada para su época no dejaba de compartir también zonas del patrimonio común del momento sobre el matrimonio que hoy serían más matizables. La «subordinación mutua en el amor» de que habla Juan Pablo II en relación a los esposos, no era moneda corriente en aquellos años. Reconoce una «primacía» en el varón, pero no un «dominio», pues la mujer no pertenece al varón sino a Dios. Si se acercó al concepto antes expresado de subordinación recíproca en el amor, no lo llegó a formular.

Tenemos en este libro un ejemplo imitable, si no en todas sus afirmaciones, sí en la «metodología» más fecunda para encontrar caminos profundos a la «cuestión femenina» a partir de una antropología cristiana que se presenta como revolucionaria frente una concepción liberal-burguesa predominante en la época en que Edith Stein escribía. Cabe preguntarse si aquella concepción a la que hizo frente cultural desde su fe no sigue en cierta medida vigente.

José R. Villar

FUNDAMENTAL Y DOGMÁTICA

David J. BARTHOLOMEW, *Uncertain Belief. Is it Rational to be a Christian?*, Clarendon Press, Oxford 1996, 289 pp., 14,5 x 23, ISBN: 0-19-826378-3.

El propósito de esta obra es examinar la racionalidad de las creencias y, en concreto, como se indica en el subtítulo, si es racional ser cristiano. David Bartholomew, que es profesor de estadística y experto en probabilidades de la prestigiosa «London School of Economics», se sirve para realizar este examen de los métodos de conocimiento de su ciencia, la estadística.

Antes de proseguir, conviene que advirtamos cuáles son los principales presupuestos que subyacen a su empresa. El primero —anunciado ya en la primera página de la obra— es el rechazo de la teología natural, que queda descartada como posibilidad, debido —señala— a que el mundo es mucho más complicado de lo que pensaban los filósofos tradicionales. Como no son posibles ni pruebas inductivas ni argumentos deductivos, en la cuestión de la existencia de Dios sólo cabe recurrir a probabilidades. Un segundo presupuesto es que toda revelación es, por su esencia, algo privado que escapa, por tanto, al control público. Esta idea —típica de los ilustrados— es aceptada acriticamente por el autor, lo que le conduce a descartar toda posibilidad de un examen racional de la Revelación, la cual, al no pertenecer al ámbito del saber público, que es accesible a todos, sino al de las convicciones privadas, escapa al examen científico. El tercer presupuesto es mucho más relevante y problemático. El autor tiende a reducir todo conocimiento al científico y éste es entendido de modo probabilista.

La descripción del método y modo de afrontar las cuestiones se desarrolla en la primera parte de esta obra, que tiene un carácter propedéutico. En ella se dedica amplio espacio al análisis lógico de la certeza. Con este instrumento metodológico se pasa, en la segunda parte, a examinar cinco cuestiones: los milagros, lo paranormal, la existencia de Dios y la Biblia. El lector se preguntará inmediatamente: ¿y por qué estas cuestiones y no otras? Es más, ¿qué tiene que ver Dios con lo paranormal? En efecto, el libro de Bartholomew no escapa a la impresión de realizar un análisis subjetivo de algunas creencias que relaciona de modo arbitrario. Una segunda sorpresa surge al comprobar cómo entiende el autor lo que es un milagro o lo que significa la inspiración bíblica. Así, por ejemplo, piensa que si la Biblia es vehículo de una revelación divina, no puede parecerse a ningún otro libro de su entorno cultural, desconociendo que la creencia cristiana no niega que los hagiógrafos sean verdaderos autores de la Escritura. Pero el principal problema que tiene que afrontar Bartholomew se relaciona con su propio método de estudio, el cálculo de probabilidades. Es bien sabido que el resultado de un cálculo depende en buena parte de las creencias previas que tenemos sobre determinadas cuestiones. Así, en lo que se refiere a los milagros, si estamos dispuestos a admitir que existe algo más que lo puramente material, la probabilidad de los mismos será elevada, pero si partimos de posturas materialistas, encontraremos que su probabilidad es muy baja. Otro problema del cálculo de probabilidades es que el resultado depende en buena parte de la probabilidad *a priori* que se asigne a una creencia. Pero, como no es posible asignar una probabilidad *a priori* a la

existencia de Dios, nos tenemos que limitar a algunas aproximaciones. El balance del autor es que ni el teísmo ni el ateísmo cuentan con evidencias objetivas, pero entonces, ¿sólo cabe el agnosticismo?

Así sería si la creencia en Dios fuera sólo cuestión de realizar un juicio sobre una hipótesis; pero el autor advierte que es algo más: se trata de tomar una decisión. Y ¿qué es lo que rige la racionalidad de las decisiones cuando no se da evidencia objetiva? Esta es la cuestión que analiza en la tercera y última parte de la obra: si es racional creer en Dios apoyado sólo en evidencias subjetivas o convicciones. En estos casos —advierte el autor— la racionalidad de la decisión depende de la evaluación de ganancias y pérdidas que tenga como consecuencia. Se trataría de un caso semejante a la célebre apuesta pascaliana. Pues bien, el autor concluye que la creencia en Dios es un riesgo que vale la pena correr a pesar de que no cuente con una evidencia objetiva muy alta.

No se puede negar que el autor realiza un intento honesto por acercarse a la cuestión de la racionalidad de las propias creencias. Desde el comienzo del libro se advierte que el autor es creyente y que intenta acercarse, con los medios racionales que le son familiares, al examen de algunas creencias teístas. El balance final de estas creencias es positivo, pero los presupuestos y el método que Bartholomew usa son muy discutibles. Con un concepto más amplio de razón, con una mayor atención a las razones subjetivas y con un conocimiento más exacto del significado de algunas creencias cristianas, seguramente hubiéramos tenido una obra mucho más lograda.

Francisco Conesa